

LECCION XIV.

*De la muerte de un católico apóstata.*

P. Si la vida de un apóstata es tan infeliz y desgraciada ¿cuál será su muerte?

R. La muerte de un católico apóstata es la mas funesta de cuantas pueden imaginarse. En aquel último momento, en que el tiempo vuela; en aquel momento terrible y espantoso, en que todas las ilusiones se acaban; en aquel momento, del cual depende una eternidad feliz ó desgraciada, la conciencia recobra sus derechos,

hace un espantoso estrago en el que muere rebelde á Dios y á su Iglesia, y lo atormentan del modo mas horrible.

P. De qué proviene todo esa angustia y agitación en la muerte del apóstata?

R. Proviene de varias causas. La primera es, porque Dios, que es verdad infalible, así lo ha predicho muchas veces con palabras terminantes en las divinas escrituras. He aquí algunas de ellas: *El deseo de los pecadores perecerá.—El corazón endurecido saldrá mal en el último día de su vida.—La muerte de los impíos es pésima.—Es la cosa mas horrible caer en las manos del Dios viviente.* A este modo hay otros muchos textos que abundan en las sagradas escrituras.

P. ¿Pero qué puede decirse de los protestantes lo mismo que se dice de estos pecadores de que habla la Biblia? ¿Tienen por ventura la misma dureza de corazón y la misma impiedad en su alma?

R. Sin duda alguna. Porque á la verdad ¿puede darse mayor pecado que traicionar la conciencia en materia tan grave, como es abandonar la única religion verdadera por entregarse á los placeres carnales, vendiendo su propia alma por un vil interés y dejándose llevar del

ciego impulso de un orgullo el mas desenfrenado? ¿Puede darse corazón mas duro que el de un desgraciado que despues de haberse cargado de pecados, pasa á la apostasía por desesperacion, y en ella resiste á los llamamientos de Dios y á los gritos de su conciencia, y le sorprende la muerte en semejante estado? ¿Puede darse un estado de impiedad mas grande que el de aquel que odia á la Iglesia y le hace una guerra á muerte, y que se empeña en arrebatarle sus hijos, pervirtiéndolos con sus escándalos, con sus discursos y una astucia la mas infame? ¿Quién puede haber mas impio que el que se enfurece contra la Iglesia, que es la esposa muy amada de Jesucristo, que la fundó á costa de su sangre y de una muerte ignominiosa? Ah! no, no es posible describir con palabras toda la maldad que se encierra en un delito semejante.

P. A la verdad que nada queda que responder. Decidme ahora. ¿Cuáles son las otras causas por las que viene á ser tan espantosa la muerte de los apóstatas?

R. Ademas de los cráculos que, como se ha visto, les anuncian con toda claridad una horrible muerte, ellos mismos tienen un presentimiento del pésimo fin que se les espera y al cual van gradualmente acercándose. Conocen en el

fondo de su alma que por sus crímenes han convertido á Dios en enemigo suyo. y Dios mismo como por castigo anticipado les hace sentir vivamente el terror del juicio que les está preparando. Yo no sé si os habreis hallado presente á la muerte de uno de estos desgraciados; pero crédmelo á mí que lo he visto. Estos infelices, ó se vienen á quedar como estúpidos sin dár muestras de conocer el estado en que se hallan, y entónces mueren como perros; ó se ponen furiosos y desesperados, manifestando con esto la rabia interior que despedaza su infeliz alma, su mirada torpe y espantosa, su semblante horrible y las contorciones de todo su cuerpo, son otros tantos indicios de su final reprobacion.

R. Así es por lo comun, y puede llamarse con toda propiedad un infierno anticipado. Si suele haber alguna exepcion, es todavía mas funesta.

P. No comprendo la que quereis decir.

R. Quiero decir que aunque algunos mueren tranquilos, esto es en la apariencia; pero su muerte en realidad es todavía mas deplorable que la que acabo de referir. Aquellos por lo menos, experimentan remordimientos atroces, y por lo mismo, si ellos quieren, pueden, absolutamente hablando, con la gracia de Dios que á

nadie falta miéntras vive, sacar provecho de los mismos remordimientos y salvar su alma; al paso que estos otros con su estúpida tranquilidad, dan á conocer que han perdido por completo la fé y que son incrédulos y ateos prácticos, que no hacen ningun caso de la vida futura ni piensan en Dios ni en la inmortalidad del alma, y mueren como las béstias, como han vivido. Para estos todo remedio es desesperado.

P. ¿Y por qué les llamáis *incrédulos y ateos prácticos*?

R. Porque así lo son en realidad; y si no, decidme: ¿es posible que un cristiano que sabe que despues de la vida presente tiene que comparecer en juicio delante de Dios para recibir una sentencia final é irrevocable por toda la eternidad y que conoce que ha ofendido á Dios, es posible que tenga una muerte verdaderamente tranquila? Esto no puede verificarse más que en un ateo y en un hombre verdaderamente incrédulo.

P. ¿Y qué no hay entre los impíos algunos que por lo ménos á la hora de la muerte reconozcan el pecado que han cometido con hacerse protestantes?

R. Si los hay, y son todos aquellos, cuyo co-

razon no esta completamente endurecido á los remordimientos de la conciencia y no han caido por su culpa en la impenitencia final. Cuando ellos ven que el mundo se acaba para ellos y que está para faltarles la vida, entónces cae de sus ojos la venda de lo que llamaban profunda conviccion, reconocen la necedad de las ilusiones que se habian formado, sienten que se aplica el fuego de las pasiones, y dando lugar á la reflexion, se acuerdan de la Iglesia que abandonaron y tratan de reconciliarse con ella y con Dios. Estas conversiones se llaman triunfos de la misericordia divina.

P. ¿Por qué razon?

R. Porque una conversion sincera en aquel estado, viene á ser un verdadero milagro por el grande abuso que tales personas hicieron de la divina gracia, durante su vida, cuya gracia los llamaba siempre á la penitencia y á reparar sus escándalos, y porque además hay muchos que, por inescrutables juicios de Dios, que siempre debemos venerar, piden en aquella última hora un sacerdote católico sin que lleguen á conseguirlo; ya sea porque viene fuera de tiempo, ó ya porque con inaudita crueldad le impiden la entrada los protestantes que rodean al enfermo. ¡Cuántos ejemplos de esta clase se

ven entre los impíos! Finalmente, estas conversiones á la hora de la muerte se llaman triunfos de la misericordia divina, porque su Magestad por lo comun castiga á los apóstatas con muerte repentina y permite que vivan en el mundo sin apercibirse de este peligro. La razon de esto es porque, como dice la divina escritura: *de Dios nadie se burla*, ó como se dice vulgarmente, *con Dios no se juega*.